



CAPÍTULO XXIV.

Donde se prosigue la aventura de Sierra Morena.

DICE la historia que era grandísima la atención con que Don Quijote escuchaba al astroso caballero de la Sierra, el cual prosiguiendo su plática dijo:

—Por cierto, señor, quien quiera que seáis, (que yo no os conozco), yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habéis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con más que la voluntad pudiera servir la que habéis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habéis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas.

—Los que yo tengo, respondió Don Quijote, son de serviros, tanto que tenía determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos, si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostráis tener, se podía hallar algún género de remedio, y si fuere menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á planirla como mejor pudiera, que todavía es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algún género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habéis amado ó amáis, que me digáis quién sois, y la causa que os ha traído á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo, cual lo muestra vuestro traje y persona: y juro, añadió Don Quijote, por la orden de caballería que recibí, aunque indigno y pecador, y por la profesión de caballero andante, si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla, como os lo he prometido.

El caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacía sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y después que le hubo bien mirado, le dijo:

—Si tienen algo que darne á comer, por amor de Dios que me lo dén, que después de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado.

Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan aprieta, que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullía que tragaba; y en tanto que comía, ni él ni los que le miraban hablaban palabra.

Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él los llevó á un verde pradecillo, que á la vuelta de una peña poco desviada de allí estaba. En llegando á él, se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto

sin que ninguno hablase, hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dijo:

—Si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa no interrumpieris el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagáis, en ese se quedará lo que fuere contando.

Estas razones del Roto trujeron á la memoria á Don Quijote el cuento que le había contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habían pasado el río, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo:

—Esta prevención que hago, es porque querría pasar brevemente por el cuento de mis desgracias, que al traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, más presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia, para satisfacer del todo á vuestro deseo.

Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás, y él con este seguro comenzó desta manera:

—Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucía, mi linaje noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna.

Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía. A esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitía.

Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veían que cuando pasaran delante, no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas.

Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fué esta negación añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales, con más libertad que las lenguas, suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida.

¡Ay, cielos, y cuántos billetes la escribí! ¡Cuán regaladas y ho-

nestas respuestas tuve! ¡Cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenía sus memorias, y recreaba su voluntad!

En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumía con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto, lo que me pareció que más convenía para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedirselo á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió que me agradecía la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer para tomarse ni darse á hurto.

Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razón en lo que decía, y que mi padre vendría en ello, como yo se lo dijese; y con este intento luego en aquel mismo instante fui á decirle á mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento



donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijese palabra me la dió, y me dijo:—“Por esta carta verás Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced.”

Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor de esta Andalucía.

Tomé y leí la carta, la cual venía tan encarecida, que á mí mismo me pareció mal, si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedía, que era que me enviase luego donde él estaba, que quería que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimación en que me tenía.

Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y más cuando ví que mi padre me decía:—“De aquí á dos días partirás, Cardenio, á hacer la voluntad del Duque; y dá gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces.” Añadió á estas otras razones de padre consejero, ilegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda; dijele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos días, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me quería: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos.

Vine, en fin, donde el duque Ricardo estaba, fuí dél tan bien recibido y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndome los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el Duque daba de hacermé merced, habían de ser en perjuicio suyo: pero el que más se holgó con mi ida, fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al extremo con que Don Fernando me quería y trataba.

Es, pues, el caso, que como entre los amigos no hay cosa secre-

ta que no se comunique, y la privanza que yo tenía con Don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traía con un poco de desasosiego.

Quería bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenía muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocía, se determinaba en cuál de estas cosas tuviese más excelencia, ni más aventajase.

Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de Don Fernando, que se determinó, para poder alcanzar y conquistar la entereza de la labradora, á darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible.

Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los más vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas Don Fernando como

astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venía; y así por divertirme y engañarme, me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses; y que quería que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasión que darían al Duque que venía á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo.

Apenas le oí yo decir esto, cuando movido de mi afición, aunque su determinación no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las más acertadas que se podían imaginar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecía de volver á ver á mi Luscinda.

Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto, la ausencia hacía su oficio, á pesar de los más firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, según después se supo, había gozado de la labradora con título de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haría cuando supiese su disparate.

Sucedió, pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando á alcanzarle se acaba, y ha de volver atrás aquello que parecía amor, porque no puede pasar adelante del término que le puso naturaleza, el cual término, no le puso á lo que es verdadero amor; quiero decir, que así como Don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahínco, y si primero fingía quererle ausentar por remediarlos, ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución.

Dióle el Duque licencia y mandóme que le acompañase: venimos á mi ciudad, recibióme mi padre como quien era, vi yo luego á Luscinda, tornaron á vivir (aunque no habían estado muertos ni

amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta por mi mal á Don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba, no le debía encubrir nada: alabé la hermosura, donaire y discreción de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos solíamos hablarnos: violó en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó abortito, y finalmente tan enamorado, cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle más el deseo (que á mí me celaba, y al cielo á solas descubría) quiso la fortuna que hallase un día un billete suyo, pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo, que en sólo Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas.

Bien es verdad que quiero confesar ahora que puesto que yo veía con cuán justas causas Don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oír aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer, y con razón á recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movía la plática aunque la trujese por los cabellos, cosa que despertaba en mí un no sé qué de celos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacía temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba.

Procuraba siempre Don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondía, á título que de la discreción de los dos gustaba mucho.

Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de *Amadis de Gaula*. . . . No hubo bien oído Don Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo:

—Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Así que, para conmigo no es menester gastar más palabras en declarar-me su hermosura, valor y entendimiento, que con sólo haber entendido su afición, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con *Amadis de Gaula* al bueno de *Don Rugel de Grecia*, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de *Daraida y Garaya*, y de las discreciones del pastor *Darinel*, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discreción y desenvoltura.

Pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no dura más en hacerse la enmienda, de cuanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar más de trescientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores.

Y perdoneme vuestra merced de haber contravenido á lo que prometimos de no interrumpir su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer

en los de la luna: así que, perdón, y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso.

En tanto que Don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le había caído á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo; y puesto que dos veces le dijo Don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondía palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo:

—No se me puede quitar del pensamiento ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y sería un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellacozo del maestro Elisabad estaba amancebado con la reina Madásima.

—Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera Don Quijote (y arrojóle, como tenía de costumbre) y esa es una muy grande malicia ó bellaquería por mejor decir: la reina Madásima fué muy principal señora y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amancebar con un sacapotas: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pie ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de día, ó como más gusto le diere.

Estábele mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya había venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco Don Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madásima le había oído. ¡Extraño caso! que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenían sus descomulgados libros.

Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentis y de bellaco, con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y aizó un guiarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á Don Quijote, que le hizo caer de espaldas.

Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él y le abrumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro; y después que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña.

Levantóse Sancho, y con la rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenía la culpa de no haberles avisado que aquel hombre le tomaba á tiempos la locura; que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar.

Respondió el cabrero que ya lo había dicho, y que si él no había oído, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decía Sancho, asido con el cabrero:

—Déjeme vuestra merced, señor caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado.

—Así es, dijo Don Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido.

Con esto lo apaciguó, y Don Quijote volvió á preguntar al cabrero, si sería posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia.

Dijole el cabrero lo que primero había dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaría de hallarle ó cuerdo ó loco.



CAPÍTULO XXV

Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo de la penitencia de Beltenebros

DESPIDIÓSE del cabrero D. Quijote y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibase poco á poco entrando en lo más áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenía mandado. Mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo:

—Señor Don Quijote, vuestra merced me eche su bendición, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida.

Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniere en gana, y con éste pasara mi mala ventura: que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo.

—Ya te entiendo, Sancho, respondió Don Quijote; tú mueres porque te alee el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y dí lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alzamiento más de en cuanto anduviéremos por estas sierras.

—Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar dese salvoconducto, digo que ¿que le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó como se llama? ¿ó qué hacía al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara por ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe de guiarro y las coces, y aún más de seis torniscones.

—A fé, Sancho, respondió Don Quijote, que si tú supieras como volo sé, cuán honrada y cuán principal era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mu: ha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabad, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico á la Reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo, ya estaba sin juicio.

—Eso digo yo, dijo Sancho, que no había para qué hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la buena suerte no ayudara á vuestra merced, y encaminara el guiarro á la cabeza, como lo encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora,

que Dios cohonda; pues montas, que no se librara Cardenio por loco.

—Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto más por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madásima, á quien yo tengo particular afición por sus buenas partes; porque fuera de haber sido hermosa, además fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañía del maestro Elisabad le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aquí tomó ocasión el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su mancha y mienten, digo otra vez, y mentirán otras doscientas todas los que tal pensaren y dijeren.

—Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada: no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente: cuanto que desnudo nació, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; más que lo fuesen, ¿qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; mas ¿quién puede poner puertas al campo, cuanto más que de Dios dijeron?

—Válame Dios, dijo Don Quijote, y qué de necesidades vas Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entreméte en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiendo con todos tus cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciera, va muy puesto en razón y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.

—Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, al cual después de hallado quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto?

—Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo Don Quijote, porque te hago saber que no sólo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra, y será tal, que ha de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un andante caballero.

—¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza.

—No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podía correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia.

—¿En mi diligencia? dijo Sancho.